

Introducción

“Salud es la habilidad de habitar en los espacios entre realidades, sin perder ninguna de ellas”

Philip Bromberg.

Detrás de cada persona hay dolores, traumas (del griego τραῦμα / **trauma** = herida). Algunos de ellos, si los trabajamos, los convertimos en fortalezas, otros ni siquiera sabemos que los acarreamos, y hay viejos conocidos que nos han acompañado desde temprana edad, que no los vemos muy bien y al parecer se quedarán por un buen tiempo más. Hay quienes se detienen a revisar las huellas que dejaron en nuestra vida y quienes en mayor o menor medida los invisibilizan de variados modos. En mi caso, la necesidad y el deseo de entender y comprender el comportamiento de las personas me llevaron a conocer dos mundos diferentes y aparentemente opuestos como el chamanismo y el psicoanálisis. Las siguientes notas son resultado de mis investigaciones en torno al psicoanálisis contemporáneo y el chamanismo indoamericano y, sobre todo, a mi experiencia clínica y de formación continua en el ámbito académico como en el curanderil. Aquí, cual *chaka-runá*, que en quechua significa *hombre puente*, propongo reflexiones con el fin de *tejer hilos* entre la sabiduría ancestral y el conocimiento psicoanalítico contemporáneo.

Estos dos caminos se fueron abriendo como posibilidades de ir descubriendo qué me ocurría, de entenderme mejor, comprender qué sucedía en mi familia y qué pasaba con la gente. Desde muy pequeño tengo recuerdos de que nunca me interesó *Star Wars*, *Dragon Ball Z*, ver el universo o los planetas; temas que eran de gusto en todos mis compañeritos de escuela, eso no me era atractivo; lo que sí me llamaba la atención era entender por qué una persona se comportaba de tal o cierta manera, me impactaba cuando alguien se sonrojaba o avergonzaba, o cuando alguien tenía mucho carácter, o cuando alguien era tremendamente espontáneo o tímido. Me impresionaba cómo, ante una misma situación, todos reaccionaban de manera muy distinta.

Creo que siempre tuve una cierta vocación que se fue mitad revelando y mitad desarrollando por la propia experiencia en el transcurso de mi vida, por ejemplo, el de tener que ser un mediador o un contenedor de mi entorno desde muy temprano. Mis padres por ejemplo, fueron bastante jóvenes e inexpertos cuando me trajeron al mundo, a veces con disfuncionalidades en sus modos de relación, en la cual muchas veces tenía que ser como el pivote entre ambos, tratando de amortiguar y entender de muy chiquito lo que les sucedía. Un psicoanalista incluso llegó a interpretar y relacionar ante esto como la escisión basal en mi camino personal y profesional, aludiendo que mi madre era el chamanismo: la madre tierra, la nutrición, la oralidad de tomar las plantas, y el psicoanálisis sería lo relacionado a mi padre: el orden, la ley, la estructura, el límite. Y que quizás este intento de unir estas disciplinas, solape una necesidad infantil de unirlos a ellos, ¡vaya uno a saber!

Si puedo recordar, que mi infancia tuvo momentos muy difíciles, en donde me sentí muy solo. Durante ciertos periodos en los que no pude vivir con mi madre la extrañaba muchísimo. Uno de los pocos recuerdos que tengo de la infancia, es haber generado involuntariamente prácticas disociativas, como por ejemplo: cuando notaba momentos de mucha tensión entre los adultos, me iba disimuladamente a la habitación, muy sigilosamente me acostaba en una cama, regulaba la respiración y empezaba a generar un estado de semi-trance en el que sentía que llegaba a volar. Recuerdo que sentía vivenciar el despliegue aéreo por el techo alto de la antigua casa de mi abuela paterna, donde viví gran parte de mi infancia. Incluso recuerdo que un par de veces, que extrañaba mucho a mi madre, decidía ir a verla a su casa que estaba a solo 4 cuadras de distancia. Una vez me las ingenié para esperar que mi abuelo y mi abuela se durmieran, para ir a ver a mi mamá, sabía que con solo verla, aunque estuviera dormida, mi corazón obtendría la calma que necesitaba.

A eso de media noche, mis abuelos ya dormían hace 2 horas y decidí salir muy despacio por el techo de la habitación, mi cama estaba a un costado de la cama de ellos, y tenía que pasar casi por encima para dar con la puerta. Recuerdo que delicadamente, sin hacer ruido llegue a la pequeña ventana que estaba por sobre la puerta del dormitorio, y luego trasladándome por el largo pasillo que daba hacia el patio trasero, y así, por fin llegar a al muro que daba hacia la calle. Ya desde ahí, me desplazé por las calles maniobrando entre los cables del alumbrado público y entre los árboles, sorteando una especie de conducción aérea entre la gravitación e ingravitación para no irme hacia arriba ni caer al piso. Situación que en ese momento representó un ejercicio límite extremo, pues de no poder controlar la gravitación corría el riesgo de perderme por los cielos, y si caía al piso de la calle, podía ser víctima de lamentables infortunios nocturnos en un lugar y horario para nada seguro para un niño de 5 años. Era una situación que exigía un alto nivel de destreza para lograr la hazaña de ir y venir sin complicaciones, contemplando rigurosamente todos los riesgos y detalles que estaban en juego para no cometer errores y a la vez, dando un salto de fe, pues en ese momento, era una aventura de vida o muerte. Todos estos procedimientos los podríamos relacionar análogamente a la actualidad, por ejemplo cuando hago un ritual de sanación con plantas maestras en estados modificados de la consciencia con pacientes, en donde la rigurosidad y la fe son clave para “ir y venir” a un estado desconocido de manera segura y confiable.

Por otro lado, pienso lo complicado que hubiera sido regresar a cualquiera de las dos casas tocando el timbre a media noche, haciendo levantar a mi abuela o a mi madre y tener que explicar lo que había ocurrido, era realmente impensable e imposible que eso pudiera ocurrir.

Ese tipo de fenómenos es algo que de momento no puedo explicar del todo, pero si, a través del recorrido que haremos en las notas propuestas en este libro divulgatorio, podremos ir dilucidando hermenéuticas que hasta el día de hoy me parecen pertinentes y apropiadas para situaciones como esta.

Otra cosa que recuerdo interesante, es que con mi segundo analista, pude comprender una de las primeras fobias fuertes que tuve: el temor a los globos de helio. Recuerdo que cuando me llevaban a un parque a jugar y había algún organillero vendiendo globos de helio, se me paralizaba el cuerpo o se llenaba mi musculatura de tensión, comenzaba a respirar menos y estaba siempre jugando dividido entre la distensión y una *maldita "calma tensa"*, pues si a un niño se le soltaba un globo, inmediatamente, aunque no siguiera viendo como éste se perdía por el cielo, sentía un vacío y me quedaba en blanco, congelado, paralizado, sudaba frío.

Por eso, siempre le pedía a mi "tia nené" -hermana de mi padre- que cuando se regresara de su trabajo me trajera uno de estos globos para la casa, aunque ella siempre me respondía y estimulaba a que fuéramos mejor a la plaza del pueblo para que jugara con los demás niños: "Mejor vamos a la plaza a tomar un helado, y así aprovechamos de andar en los autitos y compramos un globo". Le respondía: "No, tía, muchas gracias, me duele la guatita, mejor tráigamelo usted", siempre inventaba una excusa, pues claramente el miedo era enorme, imaginaba que alguien en el trayecto podría cortar el hilo, o enredarse en un cable, o en un árbol, o simplemente que se me soltaría, ¡ni pensarlo!. Cosa que no sucedería dentro de la casa, pues si el globo se soltaba, toparía con el techo y yo podría bajarlo fácilmente con el hilo, o parado en una silla. Quizás por esta vivencia que no podía definir ni explicar a nadie con palabras, comencé a realizar experimentaciones de "ingeniería infantil", diseñando cajitas con distintos grados de peso y volumen, con bolitas (canicas), piezas de ajedrez, animales de un zoológico de juguete, palitos de fósforos, botones de camisa de abrigos de mi abuela, etc. El objetivo era poder tener el globo en suspensión, observar la situación controladamente, de que el globo no tocara ni el techo ni el piso. Como si de algún modo quisiera representar en el juego una vivencia interna, y así poder familiarizarla, digerirla y descomprimir la intriga y angustia que esto me generaba.

Las personas que han estudiado el trauma, desde Sandor Ferenczi a Donald Kalsched, reportan que quienes han vivido experiencias insoportables y no han tenido la capacidad de asimilarla debida a la inmadurez fisiológica natural de la tierna infancia, les ocurre que "una parte de ellos *se sale*" o *"se va"* y graba la experiencia *"desde afuera"*. Muchas personas que han sufrido abuso en su infancia y lo recuerdan en sueños o en ceremonias de plantas maestras, dicen haberse salido del cuerpo ante una experiencia psicocorporal insoportable y haber conocido mundos celestiales o demoniacos mientras la otra parte, se quedaba para sostener con los mínimos recursos vitales el cuerpo. La disociación, que es *"la hermana melliza"* del trauma aparece como último recurso para que esta situación aplastante, no termine por apagar por completo la vida de la víctima, similar a cuando las lagartijas sacrifican una mitad de su cuerpo, con el fin de salvar su vida. De este modo, es muy probable que yo haya vivido experiencias extremas y mi pequeño cerebro y capacidad de mentalización no pudieron lo soportar, por tanto una parte más profunda de mi *"se iba"* a un plano invisible donde tuve experiencias mítico-poéticas increíbles, en las que muchas veces me encontré con criaturas y seres extraordinarios.

Cuando mis padres se separaron, me fui a vivir a los 12 años con mi mamá y su nueva pareja. Un año después, registrando *cachureos* en la bodega de la casa de mi padrastro encontré *Ecce homo* (en griego significa “he aquí el hombre”), el último libro de Friedrich Nietzsche antes de volverse loco a causa de la neurosífilis. Él se muestra en ese texto como cuando presentaron a Jesús en el juicio (“*he aquí el hombre, que se hace llamar el rey de los judíos*”). Los títulos de los capítulos eran muy sugerentes, como: “*¿Por qué soy tan inteligente?*” o “*¿Por qué soy tan sabio?*”, me impactó hondamente la sensibilidad y profundidad de este hombre, sentía que de algún modo resonaba con una sensación que silenciosamente sentía en mi interior. Y sí, me consideraba más inteligente que mis compañeros, me sentía poseedor de ciertas destrezas y habilidades que fui desarrollando involuntariamente, tal vez porque viví en un mundo con adultos, era un niño que veía y vivían cosas que al parecer mis compañeros no. Ellos eran bastante más ingenuos y normales, vivían todos acorde a su edad.

El gran psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi, el “*abuelo del psicoanálisis contemporáneo*” en los últimos apuntes de su diario clínico, autodevela lo siguiente: “nunca he sido un adulto”, quizás a partir de eso, Anna Freud, la hija de Sigmund Freud, lo denominó como “el niño terrible del psicoanálisis”.

Ferenczi, como iremos viendo a lo largo de estas notas es uno de los primeros autores interesados en el *niño herido* que habita vivo dentro de cada adulto, preguntándose ¿cómo trabajar con él?, ¿cómo atenderlo?, ¿cómo abordarlo?. No fue raro que una de las pioneras en psicoanálisis infantil como Melanie Klein, haya sido una de sus alumnas, e incluso lo honra al comienzo de su publicación “El Psicoanálisis de niños” en 1932:

«Ferenczi fue el primero que me introdujo en el psicoanálisis, haciéndome comprender su verdadera esencia y significado. Su fuerte y directa comprensión del inconsciente y del simbolismo, así como su notable «rapport» con la mente infantil, tuvieron una influencia duradera en mi comprensión de la psicología del niño pequeño. También me señaló mi aptitud para el análisis de niños, por cuyo progreso mostró un interés personal, alentándome a dedicarme a este campo de la terapia analítica, tan poco explorado hasta entonces»

Ferenczi en el año 1931 dicta una conferencia en Viena llamada “Análisis de niños con adultos”, *«En verdad todo ocurre como si, bajo la presión de un peligro inminente, un fragmento de nosotros mismos se clivara en forma de instancia auto-perceptiva que intenta rescatarnos, y ello tal vez desde la más temprana infancia. Porque todos sabemos que los niños que han sufrido mucho, moral y psíquicamente, adquieren los rasgos faciales de la madurez y la sabiduría. Además, muestran una tendencia a proteger maternalmente a otros, siendo evidente que, de ese modo, extienden a esos otros los conocimientos difícilmente adquiridos por el tratamiento de su propio sufrimiento, volviéndose buenos y confiables. Pero no todos llegan tan lejos en el dominio de su propio dolor; algunos quedan fijados a la auto-observación y a la hipocondría».*

Es decir, esta adultificación del niño, corresponde a una reacción al traumatismo con una especie de auto-clivaje narcisista, que le permite desarrollar una capacidad de comprensión empática casi mutua con los adultos. Uno de los principales motivos que postula Ferenczi para mantener este mecanismo es el amor a sus cuidadores, así el niño adultificado sacrifica su niñez, con el fin de cuidar y convertirse en el terapeuta de ellos.

Esto me recuerda también a la idea de “Niño Sabio” que acuñó en año 1923, en un texto donde relata el usual sueño en que un bebé en su cuna repentinamente comienza a charlar y aconsejar sabiamente a sus cuidadores, dando cuenta cómo un niño traumatizado a menudo debe madurar y acelerar su desarrollo, para prematuramente asumir la responsabilidad de custodiar la fragilidad y agresividad de padres infantiles. Desarrollando intuiciones y sensibilidades extremadamente agudas, que exceden absolutamente lo pertinente a su corta edad.

Claramente Sandor Ferenczi tuvo que haber sido un “Niño Sabio”, pues esta idea tan brillante y sensible entorno al psiquismo infantil, sólo pudo haber sido propuesta por un “Niño sabio”.

Esto sugiere que a los pequeños no solo hay que enseñarle sino que también, y por sobre todo: algo tenemos que aprender de ellos. En el trabajo “sueño del bebé sabio” deja entrever esa idea poética y profunda de un niño que sabe; basta con saber “leerlo-escucharlo”. Para Ferenczi, el niño aún se encuentra cerca de un sentimiento de lo universal: él sabe y/o siente todo, en el fondo, igual que el paciente siente y/o sabe todo lo que le pasa al terapeuta. Hay muchísimo que aprender de los niños...

Este será uno de los lineamientos claves en mi futuro modo de trabajar como docente, psicoterapeuta y chamán. La vocación clínica y sentido terapéutico de Ferenczi: “paciente/niño” y terapeuta/cuidador aporta la clave para toda cura.

Retomando lo que mencionaba antes sobre mi infancia, Nietzsche me pareció muy profundo y leí casi todos sus libros. Después busqué a autores que hablaban de Nietzsche, como Heidegger, Foucault, a otros filósofos como Kant, Kierkegaard, Sartre, Kafka, Leibniz, Spinoza, etc. Leer todas estas cosas a los quince años, sumado a una historia de vida bastante movilizadora por la sobrevivencia, me condujo a cuestionarme el sentido de todo, de la vida, de la muerte, e inevitablemente me empecé a deprimir, ya que dicho conocimiento se acopló todo mi vacío existencial de no tener referentes donde alojar estas dudas, no tener soportes que ayuden a metabolizar tal información, ni un cuerpo para integrar ni siquiera mis propias experiencias.

A los diez y ocho años encontré algunos libros de Carlos Castaneda y de Alejandro Jodorowsky, que hablaban del chamanismo, del budismo, del misterio, la consciencia, el uso del peyote, la

datura, los hongos mágicos. Así comencé a experimentar con sustancias con algunos amigos de modo clandestino. Poníamos música, prendíamos incienso, nuestras mejores intenciones, y hoy agregaría un condimento providencial de “mucho suerte”, resultando algo así como un ritual neopagano. Así comenzaba una etapa en la que coexistía por un lado, “*el buscador psiconautico*”, con la de un adolescente internamente agrietado y desorganizado, valiente e ingenuo. Quizás era un modo legítimo de aliviar sufrimiento pero inadecuado en los modos de los procedimientos. Ahí encontré de todo, probé el LSD, la *Salvia divinorum*, la marihuana fumada, DMT, tomando nota de cada efecto, sobre lo que creía estar aprendiendo, como una especie de investigador de la conciencia, influenciado por los escritos e ideas de **Terence McKenna** y **Timothy Leary**. No sabía de las variantes psicodinámicas y espirituales que estaban en juego, para mí todo era un juego mental.

Había leído ya *El Kybalión* de Hermes Trismegisto, que decía “*como es arriba es abajo*”, “*el universo es mental*”, también otras lecturas ocultistas como Aleister Crowley, George Gurdjieff y Peter Demianovich Ouspensky, Helena Blavatsky, etc. Me interesa el saber y el pensar, y lo más a fin, era estudiar filosofía, que por temas de un regular promedio de notas en la enseñanza media, no me alcanzo el puntaje para estudiar en la Universidad de Chile, que en ese entonces, era mi única opción, pues los profesores que impartían la carrera en esa universidad eran los que me entusiasmaban. Entré a estudiar Técnico en Rehabilitación Psicosocial y Drogadicción, carrera en la cual habían ramos de filosofía, de ciencias sociales, psiquiatría, trabajo social y de psicología, esta instancia se dictaba en el otrora Instituto Politécnico de la Universidad de Chile, alojado en la Escuela de Medicina Sur de la Universidad de Chile, a un costado del Hospital Barros Luco, en el paradero tres de Gran Avenida.

A los 20 años comencé a trabajar en comunidades terapéuticas y centros de rehabilitación de adictos. En simultaneo seguía un impulso de búsqueda, le había escrito a Alejandro Jodorowsky y tomado con él talleres de tarot y de psicogenealogía en el club providencia, incluso participe como asistente en el teatro Caupolicán en los famosos “Cabaret Místicos” que dictó en Chile un par de años (2006 -2007), donde él entregaba sus conocimientos, que en su momento, asimilé muy bien.

Trabajaba en una clínica de adictos, haciendo turnos de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, con alrededor de veinte pacientes, y en mis días libres iba dar talleres de tarot y psicogenealogía, también asistía a ceremonias de San Pedro que se hacían en el cajón del maipo con distintos chamanes, “hombres de medicina”, etc. Concurría con harta frecuencia y a veces integraba a mis pacientes particulares o a algunos pacientes que ya estaban de alta de la clínica de adicciones, con la finalidad de brindarles nuevas herramientas ya que sentía que la meta no era sólo vaciarlos de la droga, sino también, llenarles de sentido, de profundidad, y por qué no, de espiritualidad, variable que para nada se consideraban en los centros convencionales de rehabilitación.

Para reforzar herramientas en el acompañamiento terapéutico estudié hipnosis clínica, hipnosis clásica, y varias terapias complementarias. Hasta que un día un amigo me comenta que estaba en Santiago un indígena de un pueblo de Brasil, aplicando la medicina del kambô. Y me intereso mucho el conocer los efectos de las sustancia, y él me respondió que era una medicina que generaba efectos únicos e inigualables, así que no lo dudé y fui de inmediato.

Al llegar al lugar, encuentro a un hombre de mediana estatura, alrededor de un metro sesenta, con evidentes rasgos indígenas. Que sin hablar mucho, con algunos monosílabos en "portuñol" me indicó que me siente en una silla y me tome un jarro de 3 litros de agua. Inmediatamente obedecí, sin poner resistencias. Este señor transmitía mucha confianza en lo que estaba haciendo, con una concentración similar a la de un cirujano en una sala de operaciones. Ya casi cuando terminé de tomar el agua, el comienza a quemar con un encendedor una varilla similar a un incienso, con la que me hace siete quemaduras del tamaño de medio grano de arroz de ancho en el brazo (quedaron como una hilera vertical continua con tres milímetros de separación una de otra), retirando con sus dedos esa pequeña capa de piel quemada para dejar expuesta la pequeña herida, lugar en el cual aplica una sustancia cremosa, similar al aloe vera del tamaño de un arroz sobre cada orificio. Luego de poner el séptimo puntito de la sustancia, comienza a realizar un canto en un idioma absolutamente desconocido para mí. Creo que es muy difícil describir lo que se siente la primera vez que recibes el kambô de un *pajé (chaman en idioma noke koi)*, un poco más adelante relataré más detalles entorno a la medicina del kambô, sus efectos y relaciones posibles con la teoría polivagal del trauma y sus aplicaciones en procesos terapéuticos. Por lo pronto, puedo decir que cambió mi vida para siempre, y sin exagerar, puedo decir que fue *un antes y un después*, marcando un punto de inflexión en el modo de ver y hacer las cosas, y que a la larga, me tiene hoy haciendo lo que hago hasta hoy.

Luego de recibir tres días seguidos la sagrada medicina del kambô, aproveché de ir a conocer la medicina ayahuasca pocos días después, que se dio la oportunidad de que un curandero visitara un pueblo cercano a Santiago.

Llegó la noche del sábado y la intriga era enorme, había leído y escuchado ya hace varios años la ayahuasca, también había probado muchos psicodélicos, pero intuía que la ayahuasca sería un plato de fondo muy distinto y mucho más misterioso que los demás ¡y así fue!. Comenzó la ceremonia y el efecto de la ayahuasca no tardó en manifestarse en su máxima expresión. Se escuchaban los *silbidos, sopladas e icaros* del curandero, y por su puesto sus efectos en todos los participantes. A los treinta minutos percibo que estábamos en un escenario distinto, ya no sólo en el quincho estilo pérgola en que estábamos sino también en un lugar mítico, donde no había tiempo y espacio delimitado, veía animales y criaturas angelicales realizando intervenciones a los asistentes, también algunos combates entre criaturas benevolentes y malévolas. Se visualizaban claramente como de las personas salían y se movilizaban condensaciones energéticas, bichos, serpientes negras, medusas, pulpos, ciempiés, etc; con

la intervención del curandero, sus cantos y perfumes. Sentía que lograba comprender la lógica de lo que estaba ocurriendo, algo en mi sabía para qué eran los cantos, era como si eso lo conociera desde siempre, sentía en un lugar muy familiar, con ninguna sensación de miedo o duda, de hecho me dio la sensación de que no estaba aprendiendo, sino de estar recordando.

En esa primera sesión entendí la cirugía que se podía realizar con la ayahuasca, y también, lo desastroso que es el ingresar al *plano intermedio* o mundo invisible, o espiritual, sin las credenciales, preparación y ritualidad adecuada. En suma, sentía que era algo que había vivido, que era un estado muy familiar esto de entrar en la dimensión invisible a los 5 sentidos, pero que se hace visible dentro de un marco ritual, ese espacio preternatural que está entre el mundo de la creación/material y el mundo creador/espiritual. Espacio donde interactúan fuerzas y criaturas autónomas, y que además operaban con una lógica distinta a la nuestra, propiamente humana. Esa sensación la confirmé cuando empecé a ir a la selva, y escuchar a los curanderos decir cosas como: “esta persona tiene el espíritu del alcohol”, o “esta persona tiene el espíritu del abuso”, “en esta persona está el espíritu del abandono”, etc.

Por otro lado, se actualizaban memorias implícitas, de recuerdos y experiencias transicionales de cada participante, como si en el marco ritual pudieran generarse una sinergia entre regresiones a estados indiferenciados de la infancia y la investida operativa del mundo intermedio o sobrenatural que hablan las tradiciones espirituales. Más adelante propondré algunos puntos de relación entre estos fenómenos pre-rationales y trans-rationales que podrían converger en el espacio ritual.

Fue así como interrumpo mis estudios en la carrera de psicología y mi trabajo en el centro de rehabilitación de adictos, para realizar visitas sistemáticas a curanderos y chamánes de distintas localidades latinoamericanas. En unas 25 visitas aproximadamente pude realizar dietas de iniciación, tomando entre ocho a quince días una planta maestra no psicoactiva, como por ejemplo el *ajosacha*, *chuchuwasi*, *chiric sanango*, *tabaco*, en las cuales se me mostró que la primera iniciación fueron las experiencia traumáticas infantiles, en cuales ya había aprendido vivencialmente las maniobras y modalidades para salirme del cuerpo, sin dejar la cordura, desarrollando una especie de visión bifocal, “*pudiendo estar aquí y allá a la vez*”. En otra dieta, pude ver que la segunda experiencia iniciática, fue conocer la las drogas psicoactivas sin un marco ritual adecuado, es decir, desacralizadamente, sin contextos adecuados, sin preparación adecuada, sin guía, sin dosis adecuada, sin integración, etc. Dicho de otro modo, el haber conocido de manera directa como no tenía que ser realizado un trabajo correcto con estas sustancias, terapéuticamente hablando.

Recuerdo que en una sesión de ayahuasca quise pedirle perdón por haber fumado DMT, es decir, uno de sus componentes activos, pero amputada del modo tradicional, pues consiste en la extracción manipulada de uno de sus componentes y consumida por vía fumada, no ritualizada ni ingerida por la vía líquida como promueve la tradición curanderil. Ingresé a esa

sesión con esa finalidad, de pedir perdón por la transgresión y violación al sagrado espíritu del ayahuasca, con mucha culpa, e imaginándome lo peor, por ejemplo que la ayahuasca me iba a castigar metiéndome en laberintos eternos y tortuosos, haciéndome vomitar hasta las tripas, o que me iba a dar un efecto desbordante y eterno. Una vez comenzado el ritual, el curandero me convida la planta y en cosa de minutos siento “la voz” que me dice: “Tranquilo, hijo, te llevé a conocer esos logares y modos justamente para mostrarte que así no era. Y mira: esta es la forma, con preparación, ordenada, con un curandero, con cuidado y respeto. Tenías que conocer la oscuridad, entenderla, porque vamos a empezar desde ahora a trabajar en ella, no para ella, sino en ella”. A lo que respondí: “Muchas gracias madre, pero en realidad, trabajar con esto para otras personas, no me gusta, son cosas muy complejas, no creo estar preparado, no es algo que me guste”. Y la voz respondió: “Bueno hijo, hay cosas que a uno no le gustan pero las tienes que hacer, para eso se han entregado unas cualidades y una preparación en toda tu vida”.

Con el tiempo, he ido asimilando y comprendiendo esto, y que quizás si fue un entrenamiento basal el poder salirme del cuerpo desde tan pequeño, y que el trauma puede ser también una posibilidad de entender lo que decían los antiguos: los chamanes se formaban por una enfermedad grave o porque les caía un rayo y quedaban un par de años a veces en estado de coma, por decirlo en términos médicos, pero era esa experiencia, las que les brindaba paradójicamente la sabiduría, el conocimiento, el saber sanar. Por tanto, si la experiencia traumática se va llevando bien puede ser una vía de iniciación.

En otra ceremonia de los retiros en la selva, pido que se me muestre en una dieta a qué vine al mundo: me vi joven, con un cintillo en la cabeza, con un tambor entre las manos, cantando en un ritual, curando a la gente. Pensé: *Esta es la respuesta, en otra vida fui curandero*, pero en realidad mi pregunta era que tenía que ser yo en este mundo. Le dije: “Ayahuasca, así que esto fui en otra vida”. “No, esto es la respuesta a tu pregunta sobre qué tienes que hacer”. Quede estupefacto ante la claridad y precisión de esa respuesta, y preferí no tomarlo tan en serio, porque además de inmediato asumí que era una labor vocacional que no quería. En ese entonces, me gustaba mucho el rock, los libros, andar en moto, una vida hasta cierto punto un poco frívola, por lo que consideraba incompatible hacer un camino con las medicinas, y menos como un “hombre de medicina”. Pero cada vez que iba a tomar a la selva aparecía la misma variante (y hasta el día de hoy). Por eso siempre digo: “Cuidado con lo que preguntas porque te pueden responder, y después ya no te puedes desentender, y te vuelves más responsable porque deberás hacer algo con eso”

Aun así, seguí muchos años acompañando a curanderos en las ceremonias y acompañando a personas en la preparación e integración de las experiencias. Conocí varios taitas, también varios lugares, diferentes contextos en distintos países. Tuve la fortuna de que cada taita que conocí me dio su bendición, es decir, su autorización para incorporarme a su linaje, aunque internamente, siempre esperaba que alguien me dijera que no, pues sabía la responsabilidad

que esto conllevaba. Mi fin era simplemente hacer la preparación psicológica previa y la integración posterior de los retiros y ceremonias. Aunque en esos cinco primeros años fui aprendiendo, miraba y sabía que a tal persona había que intervenirla de cierta manera, incluso notaba cómo a veces ciertos chamanes tenían prácticas que no eran tan procedentes, o que no eran tan reales. Con el tiempo, empecé a distinguir los distintos niveles de chamanes, hasta el más pintoresco de los charlatanes.

Quisiera comentar un último recuerdo importante de reportar del año 2008. Creo que fue una de la experiencia más cumbre que he tenido, en una ceremonia que se realizó en Cajón del Maipo. Una vez finalizado el rito, mientras me percataba de las carencias de un buen abordaje, que contemplará los requerimientos adecuados para que un participante tuvieran una integración adecuada, y no sólo una ceremonia espectacular. En un momento, mientras reflexionaba sobre esto, miro unos cactus de San Pedro que habían en el lugar y justo un colibrí comienza a danzar y picotear una de sus flores, y mientras contemplaba ese fenómeno externamente, internamente siento que me hace un clic adentro, como si el colibrí me hubiese picoteado a mí, y mi corazón fuera la flor de ese San Pedro. Inmediatamente escucho nítidamente una voz de extrema sabiduría que dice: *“Tú tienes que armar un espacio donde la gente reciba los cuidados necesarios que aquí no tendrá”*. Quede tremendamente conmovido y por supuesto no quise compartir con nadie en ese momento lo que había vivido, justamente porque no sentía el ambiente facilitador que eventualmente podría haber acogido con sensibilidad esa experiencia. Recuerdo que me fui en el microbus *Cajón del Maipo-Puente Alto* muy conmovido por toda la vivencia y en especial por el “mensaje del colibrí”, incluso me permitía alojar las voces que se me venía a la cabeza e intentaban desmentir lo vivido diciendo: *“quizás cuántos debían escuchar lo mismo”, “fue solo una casualidad”, “fue una volada”*.

Decidí juntarme con los chamanes y organizadores, para que consideren estas situaciones, tan simple pero definitivamente determinantes en las experiencias de estados modificados de la consciencia, en la reunión les transmití cosas muy simples como: *“En la mañana no se rían tan fuerte, tengan cuidado con algunas personas que aún están sensibles”, “cuiden las bromas o palabras que utilizan”*. Y recibía como respuesta: *“Confía en el espíritu de las plantas”*.

Por fortuna luego pude conocer el trabajo en el Centro Takiwasi, ubicado en Tarapoto, Perú. Lugar al que debo agradecer, pues gracias a las visitas a ese lugar, se fueron refinando y delineando un modo más apropiado en el trabajo terapéutico con psicoterapia y medicinas indoamericanas. Progresivamente fui aprendiendo y delineando un trabajo que sintetizaba tantas experiencias de aprendizajes empíricos y con los conocimientos que adquiría en formaciones clínicas.

Recuerdo que el séptimo año de estar trabajando en las toma de plantas se organizó una ceremonia en la cual, los dos curanderos que la iban a realizar no llegaron. Yo estaba con mi señora y con mi hija Julieta recién nacida, sin saber qué hacer, los participantes ya habían llegado y algunos venían desde muy lejos. Me paré en la entrada de donde se iba a realizar el ritual, prendí un mapacho y dije: “Señor, hágase tu voluntad”. Luego sin una razón articulada por mi consciencia cognitiva, ingreso al salón y digo: “Bueno, hagamos la ceremonia”. Fue mi primera ceremonia sin la asistencia de mayores, y resultado salió bastante bien, correcta, profunda y ordenada. Empecé a trabajar así, paulatinamente sólo con mi compañera más uno o dos ayudantes. De vez en cuando, invitaba algún chamán, curandero o pajé originario de los lugares en donde aprendí para que hiciera sesiones conmigo. Así fui refinando aún más el aprendizaje, trabajando insitu con los curanderos, ya no como un asistente, sino que a la par con ellos.

Continué visitando la selva, y continuaba preguntando sobre cuál era mi vocación, como si una parte de mí se resistiera permanentemente el asumir el rol de convidador de medicinas, pero sin embargo la respuesta era siempre igual, siempre se me volvía a indicar que tengo que seguir por este camino, Hasta que el 2014 en la selva un curandero, Ronald, me hace varias ceremonias, y al final de la estadía me pasa una botella de ayahuasca diciendo: *“Para que le convides y ayudes a tu familia y a tus cercanos”*.

Atendía pacientes de manera ambulatoria en un centro de terapias complementarias, el Centro de Integración y Desarrollo Humano, que eran de un amigo. Arrendaba salas para dictar talleres y hacer asesoría privada. En dicho centro se me ofreció hacer clases del árbol genealógico y técnicas terapéuticas, así como también el atender a pacientes por adicciones. Los llevaba a tomar plantas donde curanderos que venían a Chile. Al poco tiempo, se empezó a congregarse grupos de personas que quería que le enseñara, les capacitara en este puente *entre dos mundos*. Diseñé algunos talleres y cursos, así como un diplomado en psicología transpersonal.

Poco tiempo después se dio la oportunidad de que un participante de los seminarios me ayudara a financiar un nuevo espacio y el 2012 nace el Instituto Psicológico para el Estudio de la Conciencia, que funcionaba como un organismo técnico de capacitación (OTEC). Y en paralelo nos agrupamos con otros colegas organizando actividades bajo el nombre de “Wachuma Chile”, que finalmente en el 2015 terminó denominándose Centro Saviaterra.

El 2015 tuvimos la oportunidad de recibir una estadía del curandero de la tribu katukina llamado “pajé kakú”, estuvo viviendo un tiempo con nosotros, periodo en el cual me aplicó la medicina del kambô todos los días. También realizamos varias ceremonias de ayahuasca y en la última sesión me entregó el collar del pajé diciendo: *“Andrés, você é um payé”*, consagrando así una segunda “bendición” que en términos tradicionales, sería equivalente a una consagración y/o autorización para el trabajo como curandero. Fueron momentos

tremendamente valiosos, pues siempre en las ceremonias, el *pajé* me convidaba una segunda toma de ayahuasca para luego hacer una transmisión de cantos ceremoniales sagrados sobre mi cuerpo, en un idioma absolutamente desconocido para mí, que era una especie de bisturí en la operación curanderil, transmisión por la cual no mediaban elementos de la razón y la lógica convencional, y que para mi mayor sorpresa, al otro día ya sabía cantarlos, sin saber muy bien cómo. El curandero me dijo una explicación que en ese momento no entendí bien: *“han quedado instalados en tu cuerpo energético”* (más adelante explicaré con mayor detalle este procedimiento).

El 2016 voy a otra dieta de plantas a Perú, y tengo otra iniciación muy interesante y valiosa para mí con el doctor Jacques Mabit, fundador del Centro Takiwasi. Luego de haber purgado la planta *yawarpanga*, que me hizo vomitar cerca de 9 horas, un día antes de la sesión ritual de ayahuasca, me hizo dudar sobre si asistir o no a la ceremonia, claramente aparecieron todas las resistencias, además estaba muy cansado, fatigado y algo asustado. Al levántame en la mañana de inmediato se me vinieron a la cabeza inventar excusas para sortear mi participación, pensaba en inventar algo relacionado a mi experiencia ya con la ayahuasca y que quizás no era necesario asistir y postular que con la purga ya había sido bastante trabajo. Me prepusé dormir una siesta, para luego ir a informar a los organizadores y al doctor Mabit lo que había planeado *“No voy a ir a la ayahuasca, ya he tomado tantos años, que vayan mis amigos con los que ando, con la purga ya fue bastante”*, pensando esto me quedé profundamente dormido, y en sueños se me aparece muy nítidamente el doctor Mabit preguntando: *“¿Cómo estamos para la noche?”*. *“Bien”*, le respondo. *“¿Quieres un poquito, mediano o el vaso lleno de ayahuasca?”*. Pensé: Si le digo poquito pensará que tengo miedo, si digo que lo quiero lleno, podría pensar que soy arrogante, si digo la mitad, pensará que no soy suficientemente valiente..., entonces respondo *“lo que usted estime, Jacques”*, diciendo esto despierto de la siesta y escucho que me llaman mis colegas para ya ir a la reunión pre-ayahuasca. Me levante de inmediato, sentí una convicción de que en el sueño me intervino el curandero y que era claramente una indicación de que debía asistir a la ceremonia, aunque tuviera resistencias.

Llego el momento, comienzo la ceremonia, en la sesión participaban 11 pacientes del centro además de algunos extranjeros, fue una ceremonia muy fuerte, la maloca (lugar donde se realizan las ceremonias), estaba sacudiéndose como si estuviéramos en un parque de diversiones, había como nunca una oscuridad que con ojos cerrados y abiertos no había diferencia, sólo me concentre en escuchar los cantos y estar consciente de mi cuerpo y respiración. Después de la segunda toma, ya estaba sintiendo bastante los efectos, *mareado* como se le dice a este suceso en la amazonía, cuando de repente, a lo lejos y de manera muy sucinta y recóndita, escucho mi nombre, que al emerger del fondo del oscuro salón empieza a rebotar en infinitos ecos por todos lados sin que pudiera reconocer ni entender por algunos instantes que se refería a un llamado del curandero en el plano físico, recuerdo que a la tercera vez que percibo el emerger del sonido *“Andrés”*, me di cuenta que me estaban

llamando desde el altar uno de los curanderos, pues inmediatamente escucho en voz baja la orden *Andrés, acércate acá por favor...*, situación que me descolocó por completo ya que no entendía el motivo, y ni siquiera podía caminar. Por fortuna, Edgardo, uno de los curanderos me tomó del brazo y me ayuda a ponerme de pie, y muy torpemente me acerco caminando hacia el lugar donde estaba el oficiante del ritual, que en ese momento era el Dr. Jacques Mabit. Entre cantos, vómitos, sopladitas, susurros del infra y supra mundo, con el sonido único de la sinfónica natural de la selva como telón de fondo, logro sentarme frente a Jaques, el me pide que le dé la espalda y me saque la camiseta. También requerí ayuda para hacer esto, mientras tanto, internamente sentía como si paramédicos y enfermeros me estuvieran preparando para una especie de cirugía de cuerpo completo.

El doctor Mabit sopla con tabaco mi espalda y comienza hacer un canto sobre ella, y a la vez haciendo símbolos sobre distintos puntos de ella. Mantuve los ojos cerrados, y comencé a visualizar como si abriera antiguas puertas de bóvedas en mi espalda, examinando archivos, quitando elementos y ajustando otros, en simultáneo veía que esas bóvedas eran compartimentos como de un edificio habitado con miniaturas de personas, paisajes y elementos de mi infancia. Cada cierto momento soplaba desde su boca a modo de mini cerbatanas decenas de pequeños pedazos de canela, con los cuales extraía paisajes polvorientos, telas de arañas y sustancias amargas, a través de la inmediata absorción a modo de succión (*chupada*), que luego escupía su contenido físico y eructaba su contenido energético.

Yo en ese momento me comienzo a percibir como un joven indio de unos 17 años, con una lanza vertical empuñada en mi mano derecha, a torso desnudo, solo un cubre rabo de tela. Muy erguido con una actitud de dignidad y respeto mirando hacia el misterio. Con un sentimiento de emoción y fe imperturbable, por algún motivo, decido abrir un poco los ojos y voltearme para observar al doctor Mabit, a quien en ese momento lo visualicé como un sumo sacerdote maya, investido de un esplendoroso traje que caracterizaba a dichos líderes ancestrales, con una impecable sobriedad y autoridad espiritual. Bastante impresionado por esto, volteo la mirada hacia abajo y percibo que estábamos en una fluorescente pirámide tipo chichen itza, que emanaba un poder impresionante y de la cual destellaban colores azules, perlas, púrpuras, calipsos, etc.

Si viene cierto ocurrieron bastantes más detalles en esta experiencia, quisiera resumir que concluye con un abrazo solemne, el doctor me abraza con sus brazos sobre mis hombros, y con mis brazos abrazo sus brazos, en un momento de mucha gratitud y honorabilidad, en el cual siento que me graduaba de algo. El doctor Mabit me da un beso en la cabeza, unas palmadas en la espalda, y en voz baja me dice *“regresa a tu lugar”*.

La tradición tiene que ver con el traspaso directo, no es con palabras, es a través de codificaciones, signos, ritualizaciones, símbolos, analogías, transmisión directa de un cuerpo

sobre el otro, en el cual se permea una transmisión alquímica, donde no solo es la investidura de cuerpo a cuerpo, sino de informaciones, conocimientos, linaje. La transmisión espiritual es de un maestro a un discípulo, como la transmisión biológica de un padre a un hijo. El maestro, a través de una ritualidad, puede conectar al iniciado a su linaje que es el carruaje espiritual por donde avanzan las hebras de la vida. La filiación, es un hilo que te conecta con el tejido de una tradición por medio de cantos, enseñanzas, protecciones y transmisiones.

Con el tiempo, acepté -aunque nunca del todo- la vocación de curar. Hice dietas y tomé plantas en aislamiento, con las que fui adquiriendo *phronesis*, o *sabiduría práctica*, tanto como herramientas e instrumentos del oficio. Tal como un maestro albañil que repara y que primero adquiere una pequeña caja de herramientas con un alicate, un martillo y atornillador, en las dietas sucesivas fui tomando cinceles, tijeras, pinzas, cantos, símbolos, y por sobre todo, prudencia e intuición. En cada dieta se me iba entregando, por decirlo de algún modo, nuevas destrezas, por ejemplo en una de ella, se me activaron las manos para poder chequear, es decir, tocar a alguien y sentir las perturbaciones de su cuerpo energético, en otra el tabaco para poder soplar, de este modo poder acomodar o enderezar el cuerpo energético, en otra la canela para hacer succiones, es decir, extraer perturbaciones del cuerpo energético, etc.

Pareciera que el arte de curar tiene relación con algo que se destraba y se en convierte virtud. Si pensamos en el sistema iniciático de los curanderos tradicionales, se dice que éstos fueron “tocados por un rayo”, que son “hijos del rayo”, considerándose así como uno de los modos más sagrados o elevados de iniciación, es decir un accidente traumático que simultáneamente opera como “llamado de iniciación”. Es un proceso ambivalente, ya que tiende a tener dos dimensiones distintas que se interrelacionan en apariencia de manera contradictoria, pero en congruencia si se mira de modo más profundo. Por ejemplo, por efectos del impacto del rayo, es que el futuro iniciado recibe revelaciones en sus sueños y visiones, que develan información sutil y concreta sobre acontecimientos del pasado y el devenir. Como consecuencia de estas visiones e inspiraciones, el iniciado o futuro curandero recibe información precisa sobre como curar y sanar a su comunidad, como y cuando trabajar con plantas, cantos, oraciones, etc.

Según el antropólogo italiano Mario Polia, la transmisión por herencia de curandero a curandero, o de maestro a discípulo es una posibilidad, pero no la única. Postula que podría incluso ser un mito idealizado, el de la iniciación que pasa al alumno avanzado o al hijo mayor, pues en los caso que ha sido así, el hijo o iniciado debía demostrar que tiene el Don, y también someterse a entrenamiento para perfeccionarlo. Es más, según sus reportes, muchos de los curanderos dan cuenta que el Don no se aprende, ni se transmite, sino que SE TIENE o no.

Polia, asevera que el *mishado* o *mishau* es la persona que tiene el carisma de trabajar con los efectos de las plantas maestras, en particular el cactus san pedro o wachuma. Y este concepto, hace referencia a la persona que tiene predisposición innata para hacerlo, es decir, la virtud

de *los mushas* o *la visión espiritual*, aludiendo a que tiene el poder de Ver y viajar por el mundo espiritual, por tanto, es el carisma particular de un curandero.

La convicción popular es que la calidad, virtud, o poder (el carisma) de un curandero no se adquiere sino que se hace parte de la persona desde su nacimiento, vale decir, el maestro, o el *mishado* del pueblo, lo es desde su nacimiento. Según las investigaciones de este autor, el curandero sería entonces el operador carismático de su comunidad que fue elegido por Dios para cumplir esa función, debiendo realizar esa labor asignada y utilizar esos dones para ayudar y curar a la gente.

El destacado investigador de la historia religiosa y curanderil del norte peruano, luego de alrededor de 50 años investigado a distintos curanderos tradicionales, en su publicación *“Despierta, remedio, cuenta... adivinos y médicos del Ande”*, de 1996, sentencia lo siguiente;

“El carisma no es creado por la preparación iniciática, ni por el sueño, ni por las drogas sacramentales, ni por el prestigio personal y tampoco puede ser transmitido. El carisma es prerrogativa de aquellas personas que no por preparación cultural, o después de haberse sometido a un largo y difícil camino iniciático, o por ser hijos o ayudantes de curanderos reconocidos y estimados llegan a ser maestros adivinos, es decir curanderos. El carisma es un don de Dios y del rey Inga. Se adquiere por gracias, no se compra ni se aprende”

Quizás en el mundo postmoderno, todo pareciese ajustarse a la oferta y demanda de “herramientas terapéuticas”, reduciendo todo a la técnica, que por supuesto son importantes pero no sustancial, todo esto podríamos considerarlo como aprendizajes acumulativos y en el orden inmanente y horizontal. Por ejemplo, recuerdo que luego de reunirme en varias ocasiones con un sacerdote católico, encuentros en los cuales el reportaba las evidencias de curación que se daban en el centro saviaterra, y del tipo de fenómenos de liberación y conversión que testimoniaban personas que hacían procesos terapéuticos de mediana estadía, el me sugirió concurrir donde una vidente católica que se ubicaba en una localidad en el sur de Santiago, con el fin de recibir orientación y soporte de índole espiritual, comentándome que el Señor le otorga una o dos videntes a cada nación...

Al llegar donde esta mujer, me impactó todo lo que allí viví de comienzo a fin. Ella tenía una especie de *halo de santidad*, es decir, lo más parecido a lo que he escuchado de personas que han visto un santo, un papa, o un monje oriental. Su casa era como estar inmerso en un lugar novelesco, de perfecta armonía y paz. Cada espacio que iba recorriendo estaba más pulcro que el anterior, y su hogar completo era literal, un lugar donde habitaba Dios. Se respiraba una fragancia celestial suave, y por poco se escuchaba un coro de ángeles, como música de fondo.

Me hizo pasar a living precioso, con muebles de madera nativa refinada y marmol, con imágenes cristianas en oleos sobre tela, con marcos coloniales, que sinceramente respondían a un gusto y elegancia que pocas veces había visto. Me dijo que tome asiento en un sillón y sin que yo digiera más que *gracias*, comenzó a decir dulcemente cosas de manera precisa y con una cualidad de amable sentencia lo siguiente: *“el Espíritu Santo te ha otorgado algunos carismas, algunos como los que le dio al Padre Pío y tienes que hacerte cargo de eso, porque esos dones son facilitados y se deben administrar bien, de otro modo, podría ser muy peligroso para ti”*. Por último –me dice- *“no es posible que te resistas, y debes seguir ciertas indicaciones (no las voy a mencionar acá, para evitar que alguien piense que al hacerlas, pudiera activar algo) ya que si lo hacía no iba a ir bien mi vida*. Le dije que muchas gracias, pero si era posible renunciar a eso, porque no me sentía libre, sentía que esto no correspondía con legítimo libre albedrío que se nos ha otorgado. Me respondió: *“Uno es libre en la medida que conoce lo que tiene que hacer, y desde ahí uno ejerce su libertad”*.

En paralelo retomo una formación en psicoanálisis clásico, para refrescar conocimientos de índole clínico, pues muchos pacientes que venían a tomar plantas, aparte de estar muy intoxicado, se encontraban muy desvalidos y debilitados a nivel estructural y psicodinámico.

Comencé asumir que debía sortear inteligentemente las tensiones inevitables al querer sostener un puente entre dos continentes tan alejados, por un lado, el chamanismo y la dimensión espiritual, y por otro lado el psicoanalítico e intelectual. Quizás nunca será cosa fácil, sortear en el cuerpo las huellas de la disociación colectiva y cultural del cuerpo y el espíritu. De ahí surge este intento de negociar entre alteridades, como conocimientos particulares que son parte de una gran totalidad. Las aparentes y necesarias diferencias solo podrán coexistir en un alma profunda que albergue estos dos campos del saber. Citando a Philip Bromberg, intentaremos “habitar o pararnos en los espacios, entre estas islas independientes”, para posibilitar procesar y elaborar una comunicación entre conocimientos hasta ahora incompatibles.

Mis profesores de psicoanálisis me decían que la espiritualidad y el chamanismo eran una cuestión *new age*, de pseudociencia, un recurso evocativo para aplacar la angustia, para seguir disociado. Y en el ambiente espiritual, los chamanes, los taitas, me decían que meterle *coco* (mente) con la ciencia occidental colonizadora era desacralizar el espíritu, mutilarlo, reducirlo y fragmentarlo. Así, debí sostener nuevamente esa dualidad, y caminar en esa crisis de moverme en un mundo con psicoanalistas omitiendo la dimensión sacra de la vida y manteniendo los espacios y momentos para encontrar en el mundo de las plantas las respuestas que no encontraba en el psicoanálisis.

Por otro lado mis amigos y colegas psiconautas no asumían que en las ceremonias hay una dimensión espiritual objetiva, ni mis amigos chamanes comprendían que había elementos psicodinámicos que considerar cuando tratábamos con personas de ciudad. Todos los

extremos eran portadores de sesgos tremendos. Los psicólogos no creían en la dimensión espiritual y los chamanes no contemplaban que las personas también pasan por procesos psicológicos complejos. Así fue surgiendo esta necesidad de divulgar perspectivas y puntos de vista que en lo persona he alcanzado hasta ahora. Por supuesto a modo reflexiones personales, y de ningún modo como cuestiones definitivas, o para sustentar bases para una especie de metamodelo.

Estudiar psicoanálisis me sirvió, entre otras cosas, para ordenar asuntos de mi propia vida y por supuesto para considerar e integrar el trabajo terapéutico con personas occidentales. En el Centro Saviaterra nos visitan personas con aflicciones propias de la postmodernidad, depresiones, ansiedades, traumas, adicciones. Cuestiones bien distintas a las que encontraba en selva, o pueblos amerindios, que cuentan con un contexto, un tejido, en el que la gente toma plantas modificadoras de consciencia con arraigo culturales y espiritual que los sostiene. Incluso no se toma siempre buscando la curación, en ciertos casos se toman plantas para encontrar un animal perdido, si les roban y saber quién fue, para celebrar momentos importantes, para ritos de paso, etc.

A mi entender, para sanar en ciudad, hay que aprender lo bueno que nos ofrece la ciencia occidental, la medicina, la psicología, el psicoanálisis, la neurociencia, y tratar de hacer un tejido armónico con los conocimientos tradicionales indoamericanos razonablemente. Sin desnivelar la balanza e irse a extremos como en los casos apropiación cultural, es decir sin transgredir las enseñanzas de los custodios del conocimiento, pero tampoco el descontextualizar demasiado, porque al extraer las plantas de su contexto cultural y religioso, extirpamos sola una parte y la ponerla en otro lugar que no le corresponde del todo, estamos despojando de variables que no podemos ignorar. Bien sabemos que necesario salvaguardar y que no se pierda la esencia de la sabiduría, las formas que enseñan los maestros curanderos, pero también debemos considerar, la salud de nuestros pacientes, y saber que en el contexto que nos movemos la mayoría de los que trabajamos en la ciudad, es muy diferente, y tiene sus ventajas y limitaciones. Procuraré el acercarnos con el mismo respeto y rigurosidad al conocimiento de la psicoterapia psicoanalítica y al conocimiento curanderil, ambos portadores de una enorme riqueza de saber, de igual valor para un terapeuta contemporáneo, y tratar de tejer sinergias apropiadas e intentando no caer en las aguas de un sincretismo estético y superficial.

Preservar la memoria que cuidaron los abuelos sabedores, sus enseñanzas en el uso correcto de las medicinas tradicionales e integrar los conocimientos occidentales, haciendo una alianza armónica entre ambos, es lo justamente lo que simboliza muy bien la figura de la Virgen de Guadalupe, que aparece justo en el momento cuando estaban en el punto más álgido la guerra los indígenas con los españoles. Es una figura mestiza que aparece portando en su imagen y mensaje características de ambas culturas y espiritualidades, inaugurando así la raza

mestiza. Por eso la Virgen de Guadalupe es simbólicamente un referente para los *chaka-runas*, intentando armonizar donde hay conflictos o diferencias irreconciliables.

Estoy muy de acuerdo con el que plantea el doctor Mabit, en cuanto a que las visiones espirituales tienen mucho que aportar porque el punto de vista de ambos es totalmente diferente: uno desde lo externo y otro desde lo interno.

En América, los grupos étnicos desarrollaron su espiritualidad en conexión estrecha con la naturaleza y son expertos en la exploración de esos espacios exteriores donde ven reflejada el alma humana. Por su parte, los conquistadores desembarcaron con la convicción de su Dios hecho hombre y capaz de mantener un íntimo diálogo interno con cada individuo en particular. El individuo se encuentra negado en los grupos indígenas, en la misma medida en que la naturaleza se obvia en el desarrollo espiritual del sujeto occidental. El individuo puede ser sacrificado para el beneficio de la colectividad en la sociedad tradicional, mientras la sociedad moderna llega a sacrificar la naturaleza para el supuesto beneficio del individuo.¹

Las notas que leerán a continuación constituyen una propuesta para seguir investigando, conociendo y generar diálogos. Uno de los aspectos que atentó contra el equilibrio de la naturaleza profunda del ser humano fue el exceso de racionalismo, el que nos hizo posicionarnos en opuestos, que “Dios o la ciencia”, o “blanco o negro”, que “izquierda o derecha”... Por el contrario, en estas notas desatenderemos los ejes que nos separan, para hacer énfasis en lo que nos une, y los puntos de integración y convergencia. Siempre en pos de proponer lazos fraternos para construir puentes y ya no más no muros de separación, intentaré no imponer verdades, no hacer proselitismos emocionales, ni promover solapadamente ideologías, mi única finalidad es poder poner a dialogar los conocimientos antiguos con los contemporáneos, para “cabalgar mejor el tigre”, parafraseando la obra de Julius Evola.

Claudio Naranjo solía decir *“Algunos dicen que la ayahuasca genera psicosis temporal, yo creo que genera psicosis temporal en las personas que hablan de ella y nunca la han tomado”*. En realidad es entendible, porque justamente al haber escasas de diálogo, no hay comunicación y menos enriquecimiento entre saberes. Y quizás por esto mismo deja un terreno fértil para que ocurran situaciones lamentables como lo que sucedió en Chile en el caso de Antares de la Luz². Hay personas que no saben y se quedan con lo que dice la hegemonía, *que es una droga alucinógena, que genera vómito, alucinaciones*, etc. Hay otras personas que la conocen y la idolatran e idealizan, que hoy podrían estar denominado en los adeptos del *“mito del buen salvaje”*, imaginando que *“todo lo indígena es puro y que todo lo occidental es malo”*, ¡que

¹ Mabit, Jacques (2002). “Cuando el hombre grita...”. En *Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*, de Martínez Sarasola, Carlos. Buenos Aires: Biblos.

² Revisar capítulo sobre sectas para más información.

hay que descolonizar!...; pareciera que se ignoraran los masivos y brutales sacrificios que se hacían a diario, miles de personas muertas para “ofrendarle al padre Sol” y que gracias a la llegada de los españoles eso se detuvo. Por otro lado, pareciera que se desconoce que en la medicina tradicional indígena existe la brujería, el daño, la hechicería, prácticas de encantamiento, etc. Se tiende a satanizar todo lo de nuestra cultura, hay muchas creencias en los movimientos espirituales post-modernos de que por ejemplo: *“la psiquiatría es por completo un fraude y negociado de farmacéuticas”*, lo que a mi entender también es una posición extrema, pues con los años de experiencia he constatado que si hay personas que necesitan tratamiento psiquiátrico, así como también, muchas personas necesitan reconciliarse con su filiación familiar, cultural y espiritual. Las plantas medicinales, en potencia son para todos, pero no en todos los casos se estaría apto para el trabajo con plantas psicotrópicas.

Hay muchos centros terapéuticos chamánicos que endiosan a la ayahuasca y otros centros psicológicos que usan las sagradas medicinas como meras sustancias con químicos que hacen cierto efecto en el cerebro. Quizás debiéramos proponer posturas más matizadas, porque ni la ayahuasca es Dios, ni podemos las plantas son puros químicos que actúan en el cuerpo.

Nada es bueno o es malo por sí mismo. Si la ayahuasca fuese mala porque supuestamente genera alucinaciones y daño, estaríamos incurriendo en un error similar al que sería prohibir los automóviles porque mueren miles de personas al día por atropellos y choques. En ambos casos, el problema no sería el instrumento, en el primer caso la ayahuasca, en el segundo el vehículo, sino el qué hacemos con eso, quién lo toma, quién lo usa, cómo lo usa, quién lo distribuye, quién lo enseña, quien lo ofrece.

Y todas esas posibilidades de debate, discusión, encuentros, discrepancias o cuestionamiento se producen precisamente por los vacíos, porque pocos lo hablan, porque los académicos que la conocen temen de mencionarlo quizás para no ser excomulgados. Por eso, aquí es justo rendir un homenaje a los investigadores que sí lo hablaron, en el caso de Chile, Claudio Naranjo, que fue pionero en los años sesenta en estudiar como psiquiatra el uso terapéutico de distintas sustancias, como la ayahuasca, la ibogaína, el MDMA, los hongos *psylocibe*, entre otros.

Por supuesto, quisiera honrar y agradecer a los médicos tradicionales, honrarlos por haber cuidado estos conocimientos, agradecerles por ser guardianes de estos saberes, escucharlos y darles su lugar. También quiero agradecer a los investigadores actuales que han puesto nombre a algunos procesos que se hacemos en clínica. Quisiera reconocer los grandes aportes de muchos psicoanalistas e investigadores que acá mencionaremos, y a todos quienes de alguna u otra forma, me dejaron sus huellas y enseñanzas.

Esto es una síntesis de esas experiencias, que propone integración, no un sincretismo. El sincretismo es hacer un popurrí de elementos y hacer un licuado digerible. Por el contrario, la propuesta es una integración prudente, sopesada, medida, de lo mejor que creemos que puede servir para la sanación de las personas. Los médicos tradicionales buscan la cura y los psicólogos buscan la cura, con dos modos culturales distintos, son dos empresas culturales distintas, pero ambas tienen algo en común: la vocación de ayuda.

Espero que estas notas nos ofrezcan un espacio para reflexionar, una puerta de entrada a los amigos psicoterapeutas a que se permitan sin temor expandir las fronteras de su experiencia personal y laboral a dimensiones trascendentes de la vida. Y quienes que trabajan desde lo chamánico, invitarlos a se entusiasmen con la psicodinámica, que no piensen que estudiar los procesos psicológicos es sinónimo de querer desacralizar las plantas, por el contrario, es con el fin de refinar la labor dentro de una ética del cuidado en los procesos que abarcan el encuentro con otros, porque a fin de cuentas trabajamos con personas que sufren. El considerar la variable psicológica, nos invita al ensanchar y entender lo que nos pasa como personas en este encuentro con otras personas, así como en el encuentro inter-especie con los espíritu de las plantas y el mundo espiritual. A fin de que todos los conocimientos se enriquecen y se nutran mutuamente, y por añadidura optimizar los trabajos terapéuticos y de cura.

Lo ideal sería que cuando una persona vive una experiencia chamánica o psiquedélica, después pueda integrarlo en su día a día. En ese sentido, quiero desmitificar una idea errónea que encontramos muchas veces hoy en las redes sociales, que los hongos mágicos curan la depresión y la ansiedad en una sola noche, o la idea de que *“en una sesión de ayahuasca me ahorraré cinco años de psicoterapia”*. A mí entender no es una buena leyenda, porque una de las razones que hace que esto no funcione bien es el exceso de expectativas. Treinta años de vivencias desajustadas, una infancia traumatizada, subjetividades rigidizadas, a veces de creencias erróneas, no se ajustan en una noche. Uno puede tener una jornada fabulosa de encuentro trascendente y esclarecedor, pero la integración de eso en la vida puede requerir de mucho tiempo. *“Una cosa es perdonar al papá en la sesión de ayahuasca, y otra es cuando te encuentras con tu padre en persona nuevamente”*. Por lo menos yo no conozco a nadie que se haya iluminado con un par de sesiones de ayahuasca. Muchos dicen haberlo alcanzado, pero distinto es sostenerlo en el tiempo, la reducción entre esa brecha sin dudas, la ofrece la práctica sostenida de una psicoterapia.

Estamos en una época de auge de neo-chamanismo, una reapertura de la terapia psiquedélica, y por supuesto, hay inescrupulosos que vieron el negocio y prometen el viaje místico y sanador. Desafortunadamente muchos terapeutas has asimilado esta narrativa, y se mueven en esas ideas.

Si los índices de recuperación que dicta la evidencia actual en los lugares donde se trabaja desde modelos que se fundamentan en la integración de estas prácticas y conocimientos son tan buenos, ¿por qué no se convocar a personas que sepan y generar espacios donde se pueda dialogar y hacer investigación?. Si son los psiquiatras o chamanes los que deben entregar las sustancias psicotrópicas es un dilema donde aún no hay consensos. Lo que si estoy seguro es que los psicoterapeutas psicoanalíticos entrenados en teoría y práctica en las tradiciones chamánicas, en terapia psiquedélica y con un background en las tradiciones sapienciales, si son los más indicados para hacer la integración de estas experiencias en la actualidad.

En lo personal, he aprendido que tengo que seguir la flecha y obedecer las indicaciones que vienen desde lo más profundo de la consciencia, quizás de fuente eterna de donde todo se crea, esa matriz que lo ordena todo. Como simples individuos, somos actores dentro de una escena, pero detrás hay un director, tramoyistas, un escritor del libreto... y a veces con las plantas maestras y en las dietas iniciáticas uno puede acceder más agudamente a *Ello*. Wilfred Bion le llamaba "*O*", Jung aludía a la "*Función Trascendente*". Uno es el actor que aparece en la escena solamente, "*el sujeto hablante*" de Lacán, pero todo se está tejiendo lo inconsciente, de lo inconmensurable, desde lo invisible. Quizás solo debemos limpiar el radar y estar en silencio y sensible para escuchar los susurros. En ese refinamiento, podremos hacer la tarea no fácil, de comenzar a discernir "las voces internalizadas" de Fairbain, con la Voz de la Sabiduría, la de los "*objetos malos*" de Klein que operan como fantasmas intrapsíquicos, con los demonios del plano intermedio.

Así que vivo en una resignación y una aceptación relajada, que no es precisamente un sometimiento, pues éste deviene desde una opresión externa, por el contrario, la aceptación proviene desde una entrega desde adentro, de la entrega voluntaria y confianza en la Vida.

Mucha gente encuentra que la variante que llena ese vacío que les trajo a la tierra es espiritual, indistinto a la fe que profesan, y el mundo tradicional indígena afianza su espiritualidad al tener la experiencia directa en su carne, en su cuerpo, ya que a veces la religión más clerical, no nos ofrece esos espacios de poder vivenciar en nuestro propio laboratorio científico, que es nuestro cuerpo, una experiencia espiritual directa. Creo que es importante destacar el desde dónde surge todo esto, que no son ideas simplemente, sino que es una experiencia que he vivido en carne viva y que siempre estará abierta a mejoras.

Relato algo de lo que ha sido mi experiencia entre la selva y el diván, donde por una parte he estado viendo a un chamán literalmente succionar una enfermedad con su boca y regurgitándola en un balde, y por otro lado un psicoanalista atendiendo en clínica a un neurótico delirante. Siempre estoy entre allá y acá y mis experiencias se van entrelazando como el tejido de una trenza. Aclaro que lo del "diván" lo ocupo a modo de caricatura asociada al psicoanálisis, ya que en lo personal, lo considero como un elemento que distancia la humana relación paciente-terapeuta y acentúa la asimetría analítica.

La organización de los siguientes escritos, están bajo el concepto de “notas”, pues pretenden divulgar expresiones personales entorno a como he vivido y como concibo una mirada desde y hacia “ambos mundos”, pero con la soltura especulativa y subjetiva de una “nota”, en relación aun artículo de investigación científica o académica.

Me propondré hablar de psicoterapia psicoanalítica y de chamanismo indoamericano, o de prácticas híbridas que surgen de estudios y de mi experiencia tanto en la clínica como en la selva, no pretenden cerrar nada, ni llegares a fines precisos o definitivos, sino más bien invitan al occidentales a dialogar con las sabidurías tradicionales y a generar reflexión en colegas que de muevan en relaciones de ayuda.

Por último, quisiera cerrar esta introducción mencionando algunos aspectos complementarios que pudieran situar mejor al lector de estas notas. En primer lugar, aclarar que no es una investigación ni un manuscrito para académicos, ni menos un informe completo de todos los aspectos que pudieran ligar la tradición chamánica y el psicoanálisis institucional. En segundo lugar, no es un tratado de conocimientos avanzados, incorporé muy pocos pie de nota, pues utilizo algunas referencias de algunos autores que modifíco sutilmente para adaptarlas a la naturalidad y simpleza que intento transmitir en estos escritos. Y tercer lugar, no busco en lo absoluto ser innovador, sino más bien un recuperador de aprendizajes que sintetizaré de la manera más simplificada posible.